

# QUE FLOREZCAN MIL FLORES\*

## La canonización política del eternauta

Roberto Bosca  
Buenos Aires



La reciente y ciertamente sorpresiva desaparición de la escena de Néstor Kirchner inauguró un nuevo itinerario o estadio histórico en la política nacional, evidentemente abierto a un futuro rico en incertidumbres. La idea de la muerte aparece de ordinario asociada casi inevitablemente con la representación de un fin y un consecuente eclipse, y la capacidad de pervivencia puede quedar previsiblemente reducida, en el mejor de los casos, a un dulce y admirativo recuerdo; sin embargo esto puede no ser necesariamente así, como lo muestra una experiencia universal.

Por no ser una pura racionalidad, la existencia humana no tiene ni en lo individual ni en lo social una naturaleza lógica y matemática, aunque desde luego admite ser explicada racionalmente. Es que la muerte, en determinadas circunstancias también puede significar todo lo contrario de un final, como se evidencia en las canonizaciones populares.

\*El sintagma “Que florezcan mil flores” (en realidad, cien) fue pronunciado por Mao Zedong al inaugurar una apertura fallida del régimen, que Kirchner gustaba repetir como un deseo de multiplicar las corrientes justicialistas. La expresión recuerda también el objetivo numérico ilimitado en la consigna del Che de crear: “uno, dos, tres, cien Vietnam”. Al mismo Perón le gustaba repetir -durante el periodo guerrillero de sus lances políticos con el socialismo nacional entonces de moda-, algunos pensamientos del líder comunista chino, con quien en cierto modo ambicionaba ser homologado.

## El hombre que volvió de la muerte

De esta suerte, cabe conjeturar que una parte sustancial de lo que suceda en el escenario público de los próximos tiempos podría estar vinculado a ciertos rasgos que de modo incipiente han comenzado a perfilarse en la propia figura del protagonista y que apuntarían a mantenerlo de alguna manera políticamente vivo, al menos en un cierto imaginario social. Esta supervivencia, más allá de una voluntad de construcción oficial o popular, podría obedecer u operar incluso como una conjunción de ambas, representando toda una resignificación de la praxis política, y en ese sentido ha suscitado una explicable expectativa.

No importa si hay en el caso una operación política ejecutada desde la propia constelación del poder gobernante o un fenómeno social más o menos espontáneo, pero desde luego el poder político en su sentido más formal -queriéndolo de un modo expreso, siendo indiferente o bien simplemente acompañándolo- puede participar de él de un modo en cierto sentido connatural, y por lo mismo cabe también conjeturar que ese mismo poder tampoco estaría dispuesto a desdeñar tan sugestiva posibilidad, como sucedió en su momento con Eva Perón.

Debe recordarse que en el caso de la *Jefa Espiritual de la Nación* (para no mentar sino una de sus advocaciones más representativas) el proceso de canonización fue incoado socialmente, pero también promovido desde las entrañas del régimen, e incluso según noticias de la época, hasta pretendió alcanzar instancias de legitimación canónica en la propia Santa Sede. Por lo demás, *Evita vive!* es un grito clamoroso que actualiza y pervive a través del tiempo la original y fecunda vitalidad política de una mujer singular de la historia argentina.

De otra parte, con la misma reciente muerte de otra gran figura de la escena pública -Raúl Alfonsín-, comenzó a asomar, aunque tenuemente, un fenómeno similar, al punto de que una consecuencia de él es haber suscitado nada menos que una candidatura presidencial en su propia descendencia no ya política sino carnal, hasta entonces inhibida o clausurada de tal posibilidad respecto de una eventual consagración triunfal.

Se evidencia aquí también el fuerte significado simbólico de esta pervivencia, con fundamento en la filiación, un recurso frecuente en la vida pública, en tanto el hijo asume una continuidad con el padre, en una supuesta herencia de su misión, pero también, de sus virtudes y hasta de su naturaleza. ¿No será esto pretender demasiado? Aunque la política es el arte de lo posible, la realidad, no obstante, señala sus indefectibles límites, puesto que no es menos verdad que es difícil escapar a lo que *natura non da*. Esto lo sabe muy bien, ay, otra heredera fallida: Isabelita Perón.

El mito identifica al hombre que volvió de la muerte. Los héroes se diferencian de los humanos corrientes en que con ella, su figura adquiere un valor simbólico, extendiéndose ilimitadamente en el tiempo<sup>1</sup>. En su monumental *Historia de las ideas y las creencias religiosas*, Mircea Eliade muestra cómo ellos continúan actuando después de muertos. A nadie escapa que el Cid Campeador ganó una batalla siendo un cadáver. El tiempo opera aquí de una manera inversa, en el sentido de que en vez de borrar una imagen, la canoniza y estrictamente la mitifica, volviéndola por ello mismo precisamente indestructible. Es en esta supratemporalidad donde reside precisamente su nota de invencibilidad.

## Las canonizaciones populares

Esta obligada referencia a Evita se vincula con que ella representa (junto a Carlos Gardel) el caso no sólo más importante sino también más clásico de canonización popular en la Argentina. Las

---

<sup>1</sup> Cfr. Joseph CAMPBELL, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, FCE, 7ª reimpr., México, 1999.

canonizaciones populares locales, igual que en el resto de Latinoamérica (y del mundo<sup>2</sup>) son abundantes y una pléyade de investigadores han estudiado el fenómeno, comenzando por Bruno Jacovella, Augusto Raúl Cortázar, Bernardo Canal Feijoo y sobre todo Félix Coluccio, más cercanamente continuados por Susana Chertudi, Eloísa Martín, Rubén Dri, María Rosa Lojo, Sara Newbery, Hugo Chumbita y Aldo Ameigeiras, entre otros.

Conforme al canon ortodoxo de la tradición cristiana, los santos son hombres y mujeres que -contrariamente a una cierta desnaturalización que han sufrido en el pasado en el imaginario popular-, están hechos tan de carne y hueso como cualquiera del resto de sus hermanos mortales. No representan por lo tanto en sí mismos una entidad fuera de lo ordinario, aunque sus vidas puedan estar vinculadas al dato extraordinario del milagro o a otras expresiones sobrenaturales. La característica esencial en la santidad es la práctica de la virtud, pero en las canonizaciones populares éste no es un elemento esencial, aunque ella pueda atribuírsele de una manera mas o menos arbitraria.

Esta creencia popular que vincula la santidad con una sobrenaturalidad extraordinaria, no es tampoco totalmente errónea, en tanto parece estar fundada en que si los santos están o han vivido cerca de Dios, participan de algún modo de su poder o sea del portento, de ese carácter de *mysteryum tremendum et fascinans* que tan bien describiera Rudolf Otto, pero se vincula sobre todo con lo que podría denominarse un cierto maravillosismo que destaca los costados más llamativos o espectaculares de la experiencia religiosa.

#### La canonización política

Un caso particular de este libro de las santificaciones populares que es escrito fuera de una estricta ortodoxia de la fe, lo constituye el capítulo de las canonizaciones políticas, al que pertenece precisamente Evita. Algunas de estas canonizaciones, en efecto, se hallan vinculadas a la materia política, como lo muestran los grandes nombres de Gandhi, Kennedy, Lincoln o Luther King en la geografía universal, representadas en el plano local por Juan Domingo Perón -sobre el que no hace falta extenderse- pero también por personajes de culto popular que no han tenido su trascendencia, como Olegario Alvarez, conocido por su nombre de guerra religioso como el gaucho Lega. Su vinculación política al Partido Autonomista de Corrientes, se muestra en el color rojo que caracteriza a la liturgia de su culto. Este hijo de la tierra integra un largo santoral de personajes caracterizados por su marginalidad, algunos de los cuales representan la misión de bandoleros justicieros caracterizados por una subversión de la legalidad; más estrictamente, de una legalidad formal que es percibida como perversa.

La canonización política reconoce como titular a una figura que encarna una vocación pública, en un sentido de intensa sensibilidad social, al estilo de una opción preferencial por los pobres. No importa si ella es real, pero así debe ser percibida para la construcción del mito. Aún hoy todavía sobreviven quienes han escuchado que después de la muerte de Lenín, su figura fue canonizada por el régimen: como Evita *sigue viviendo en el alma de su pueblo*, Lenín *sigue viviendo en el corazón de cada buen obrero*, fue el saludo de despedida del soviét supremo, al introducirlo en el santuario mortuorio de la Plaza roja de Moscou. El líder africano Kwame Nkrumah fue portador de un mesianismo liberacionista que proclamó *Nkrumah no ha muerto, pues no puede morir*, otorgándole la nota de inmortalidad. Tras la muerte del presidente electo Tancredo Neves, en Brasil, se desató en el país una incontenible ola de fervor cívico revestido de valores religiosos. Un pastor protestante, resumió entonces: *Tancredo*

---

<sup>2</sup> Uno de los casos más glamorosos de canonización popular de los últimos años fue el de la princesa Diana (Lady Di). Cfr. Jeffrey RICHARDS-Scott WILSON-Linda WOODHEAD (Ed), *Diana. The making of a media saint*, I.B. Tauris Publishers, NY, 1999.

*surgió como un salvador: un Moisés de la Biblia que saca al pueblo de su cautiverio para llevarlo a la tierra prometida, a la nueva República.*

El héroe -cuyo destino queda “injustamente” obturado por la muerte trágica, es, precisamente, el salvador<sup>3</sup>. No nos salvamos, pues, por una operación de nuestra propia responsabilidad y esfuerzo, sino en virtud de algo o alguien que nos trasciende, brindándonos las mieles de su gracia divina. Néstor Kirchner logró articular esa exacta y sugerente visión en un apreciable número de sus seguidores. El supo despertar el fuego sagrado de la militancia adormecido en los rescoldos de desfallecientes brasas revolucionarias. ¿Le acredita entonces este mérito la apertura de una causa de canonización?

#### Los pliegues de un estilo

En las destempladas ambientaciones de la posmodernidad, mediante el aliento de un discurso que hasta que lo resucitó parecía envejecido y acaso arcaico, lo cierto es que *el Néstor*<sup>4</sup> avivó el fuego, y así tonificó la concepción heroica de raíz schmittiana de la política como un *oppositum* o una lucha, transmitiendo esta consigna quizás muy trillada pero psicológicamente liberadora, aunque como tal siempre exitosa en el imaginario militante.

De tal modo, y mediante este énfasis en el “otro perverso” de un enemigo, la militancia resignifica su propia identidad y así reverdece su existencia, por lo cual de algún modo en ese enfrentamiento “heroico” encuentra una justificación de su lugar en el mundo. Pero también por eso mismo, él, el nuevo inventor de opuestos, merece el reconocimiento de un amplio espectro social.

Nuestro destino lo construye pues, el otro, pero nos identificamos con esa salvación y al asumirla nos sentimos protagonistas, aun sin serlo en sentido estricto. Es la naturaleza de todo populismo<sup>5</sup>, que expresa así representaciones identitarias. Como hicieron desde el poder Perón y Evita en los cuarenta y cincuenta, no importa si Kirchner redistribuyó el ingreso en un sentido más equitativo, pero dio a una apreciable multitud -que algunos prevén en algún momento acaso mayoritaria- una nueva valoración de su propia identidad.

Esto es ni más ni menos que lo que a su modo hizo Perón. El antiperonismo virulento (gorilismo) nunca pudo entender que la sidra y el pan dulce no fueron el precio de una compra sino el signo de una dignidad inédita que se estrenaba. Cabe reiterar aquí la regla subjetivista: estas premisas pueden ser cuestionadas y hasta demostrada su falsedad. Pero ello no tiene demasiada importancia para el mito<sup>6</sup>. No importa lo que es sino su realidad subjetiva, lo que es percibido, porque es lo que define la adhesión y eventualmente el triunfo a la hora de contar los votos.

También él, un hombre común, *Lupo, Lupín* o el *pinguino* (su alias familiar lo acerca al pueblo como a *Pocho, el macho, el hombre*) llegó a los lugares privilegiados del poder y por lo mismo representa, en su propio estilo, a la multitud. El cultivó ese modo de ser algo desgarbado y profundamente transgresor que suele ser característica de algunos santos populares. La transgresión ha estado presente también en otro cercano presidente, Carlos Menem, aunque con un acento mas bien lúdico en el riojano.

---

<sup>3</sup> Cfr. Jacques LAFAYE, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, FCE, México, 1984.

<sup>4</sup> Desde Jacqueline Kennedy (a. Jackie) en adelante se ha vuelto un lugar común la referencia otrora reservada a planos más íntimos en el caso de figuras políticas mediante sus nombres de pila e incluso sus sobrenombres familiares. Se trata, quizás, de un abuso de la privacidad, pero ella es admitida por transmitir un sentimiento de cercanía favorecedor del personaje.

<sup>5</sup> Ernesto Laclau, considerado un ideólogo del kirchnerismo, ha brindado desde el estructuralismo un nuevo enfoque valorativo del populismo. Cfr. Ernesto LACLAU, *La razón populista*, FCE, Avellaneda, 2007.

<sup>6</sup> Cfr. Raoul GIRARDET, *Mitos y mitologías políticas*, Nueva Visión, Bs. As., 1999.

En cambio con Néstor Kirchner esa ruptura, aun retórica, asume un profundo significado político e ideológico, y no es para nada ocioso que entre sus contenidos puede encontrarse un amargo tono de maltrato, de malas maneras, hasta de coerción y de violencia. Estas cajas destempladas, si bien producto de un temperamento basto, también tienen su miga política. Para empezar, un elemento fundamental de su estilo de gobernar fue inexcusablemente y con graduaciones diversas, una instrumentación política del miedo<sup>7</sup>.

Un rasgo muy marcado en las canonizaciones políticas es la identificación con Robin Hood, el paradigma universal del transgresor al que una misión de salvación justifica existencialmente: ésta es la del restablecimiento del orden originario en un mundo signado por el pecado, por parte del que viene a impartir la justicia. Esta misión justiciera se ejerce sustrayéndoles incluso violentamente un dinero supuestamente mal habido a los ricos para dárselo a los pobres, porque está claro que ellos representan en el imaginario las víctimas del despojo injusto y no menos violento.

Esta nota que identifica al heroísmo revolucionario con *l'uomo fascista del vivere pericolosamente* (de raíz nietzscheana), está presente, verbigracia, en la saga épica de Montoneros. Pero también ella aparece extremadamente acentuada ya desde el comienzo en Evita, en quien tiene también un significado de revanchismo o de secreta venganza, no exento de cierto sentido pedagógico. Hay un sufrimiento infligido por parte del justo libertador que apunta, como en el fascismo, a un itinerario purgativo.

A Evita le parecía bien hacer sufrir a los ricos, como una compensación debida por lo que ellos habían hecho sufrir a los pobres, pero no con un sentido ascético sino para hacerles degustar un poco del amargo acíbar de una humillación inmerecida<sup>8</sup>. No es un tema menor: allí residía la frutilla de la torta de su justicia, que como tal era degustada con fruición por los humildes humillados. Cuando el rico villano es sometido hasta la humillación al final de la película por la espada del juvenil justiciero, el impudoso público aplaude, no sólo los niños.

#### Los contenidos ideológicos

Es verdad que se ha puesto muy en duda si el kirchnerismo es verdaderamente representativo de una ideología justiciera o si él constituye un mero juego de poder, e incluso sus críticos más severos le adjudican la impresentable calidad de una nuda caja. Esta ambigüedad intrínseca que caracteriza al kirchnerismo pero también su creatividad se muestra en una resemantización por la que asume una reinterpretación de elementos del pasado para la construcción de las identidades del presente.

Sea de una u otra forma, en Kirchner se evidencian sedimentaciones residuales del setentismo muy claras, tanto en contenidos como en estilos, ahora reinterpretados al trasluz de la sensibilidad posmoderna. En esos sedimentos se deja ver una fuerte nota de romanticismo revolucionario, incluso de nostalgia, que no puede sino impactar promisoriamente en una cultura cuajada de sentimentalismo, como es la argentina, mucho más la subcultura juvenil.

Uno de estos contenidos ideológicos de la concepción romántico/mesiánica de la historia que encarna el populismo hegemónico es la revolución como promesa perennemente incumplida, o sea la utopía. La nutriente debe buscarse en el sesentayochismo, incluida su saga latinoamericana, donde como sabemos se cocinó todo el guiso de la violencia de la década posterior. La utopía no pudo realizarse pero ello no importa, ya que su realización sería imposible por su propia naturaleza, dado

---

<sup>7</sup> La historia de las mentalidades ha estudiado las características y expresiones más notables del miedo en la vida social en Jean DELUMEAU, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid, 1989.

<sup>8</sup> Esta sensibilidad recuerda la praxis de los *blackshirts* fascistas del aceite de ricino no exenta de un sentido humorístico de baja categoría humana.

que, en realidad, lo que de ella interesa es que siempre esté adelante, como estrella polar.

Es decir que en esta amalgama ideológica aparece, aunque tenuemente esbozada, la utopía social que ha funcionado como una nueva zanahoria revolucionaria alumbrando el *revival* de una inédita y secreta militancia. Aunque se trate, no hace falta subrayarlo, de una ideología débil o sea conforme al espíritu posmoderno, y por lo tanto carente de las aristas más ásperamente violentas del setentismo, en todo caso, un setentismo decadente.

### Militantes y militares

En un par de ocasiones aparece en esta descripción del kirchnerismo la palabra militancia y esta circunstancia no es gratuita, ya que vuelve a estar de moda después de varias décadas de ostracismo en el lenguaje político. El lenguaje nunca es neutro. No puede desconocerse que la resurrección de la voz “militancia” que en los círculos oficiales se promueve<sup>9</sup> apunta a la pretensión de resucitar un espíritu que la connota, vinculado a la voluntad de articular una reedición posmoderna del proyecto setentista, aquél socialismo nacional que conviviera ambiguamente con un nacional socialismo no menos inquietante.

La palabra *militancia*, hoy restaurada, que ha sido desempolvada del arcón setentista tiene connotaciones muy específicas en el lenguaje político argentino y designa un activismo político de fuerte compromiso ideológico, escorado hacia la izquierda. El activista actúa, pero el militante actúa en base a ideas<sup>10</sup>. Difícilmente un grupo político del centro hacia la derecha, incluyendo los mismos del peronismo, haya utilizado la palabra *militante* para designar a sus adherentes, sino que en todo caso la ha tomado prestada.

Sin embargo, los grupos derechistas, desde la Legión Cívica (nótese la nomenclatura castrense) siempre han compartido con el socialismo autoritario un mismo gusto o una predilección por el estilo militar de vida, en este caso trasladado a la escena política. En Montoneros esta característica compartida con el más rancio integrismo nacionalista, como en él, rayaba en el exhibicionismo. En atención a su joven edad, quizás cabe imaginar un tanto sarcásticamente que hasta también habría en esta cualidad un cierto regusto juvenil por “lucir el uniforme”.

Frecuentemente, los ambientes integristas muestran su viva predilección por un monismo político-religioso en la figura del *milites Christi*, “soldado de Cristo”, una suerte de monje-oficial enfrentado no solamente en un sentido metafórico de “combate espiritual” sino con las armas al mundo moderno, casi siempre cubierto de una florida parafernalia de instrumentos medievales, con preferencia la espada. La conjunción de la espada y la cruz marca el punto cenital de esta concepción.

Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, dos ideólogos del *star system* del “socialismo nacional” dirigieron la revista *Militancia para la Liberación Nacional* (abreviadamente, *Militancia*) en los mismos clásicos y romantizados setentas. El título subraya el carácter militar de la ideología setentista: *militancia*, de *milites*: soldado. Como resulta evidente, en la palabra militancia se perciben acentos etimológicamente militaristas que participan de su autoritarismo propio.

Tanto los militares como los guerrilleros, en los dos casos ambos percibieron la política como una lucha armada y sostenían una concepción militar de la sociedad civil, claramente una grotesca caricatura cuajada de rictus y crispaciones, que irremisiblemente desembocan en un sordo régimen autoritario.

---

<sup>9</sup> Cfr. Beatriz SARLO, *El engranaje de la militancia*, en “La Nación”, 10-XII-10, 23.

<sup>10</sup> Raúl ARLOTTI, *Vocabulario técnico y científico de la política*, Dunken, Bs.As., 2003, 274.

Ambos se identificaron, en efecto, tanto desde la derecha como desde la izquierda, con el mismo militarismo que implica una regimentación de la vida social, pero el militarismo, en todo caso, y como es sabido, procrea una función destructiva de la convivencia: la exaltación de la violencia<sup>11</sup>.

#### El astronauta eterno

Hace ya algunos años que investigadores como Gillo Dorfles<sup>12</sup> y entre nosotros Pablo Capanna<sup>13</sup> han indagado en la ciencia ficción como elemento mitopoyético de nuestros días. Algunos de estos estudios han mostrado cómo este género literario ha elevado a la ciencia a una categoría mística donde se encuentra presente muchas veces un mensaje social.

La construcción del nuevo mito aparece gráficamente asociada a la figura del astronauta, que identifica a una historieta de culto convertida hoy en un clásico por el acierto de haber presentado su trama épica en un escenario local. Este diseño configura una argentinización de las luchas intergalácticas hasta entonces situadas en lugares imaginarios, otorgándole una nueva perspectiva al género. Esa impronta realista y si se quiere patriótica definió su éxito entre un público nuevo y masivo.

En el marco de una "militancia" montonera de su creador Héctor Oesterheld, y de su dramática historia personal y familiar suscitada por ella, aparece un mensaje político que brinda un nuevo sentido a la forma literaria, configurando una gran metáfora.

En esta nueva expresión de la cultura popular aparece la construcción de un cuerpo de ciudadanos militarizados en defensa del patrimonio argentino, que se ha querido interpretar acaso como una resistencia heroica de la nacionalidad autóctona frente a una invasión extraterrestre supuestamente asimilada al imperialismo.

La invasión extraterrestre es un recurso utilizado en la ciencia ficción para designar una amenaza a la humanidad por parte de regímenes e ideologías o movimientos políticos como el nacionalsocialismo, el comunismo, e incluso el terrorismo, que en la interpretación montonera se centraría ideológicamente en el capitalismo.

Es verdad que el santo político detenta "virtudes" personales, a la manera del santo "verdadero" o auténtico (aunque ambos en cierta forma lo son), porque la militancia le redime de sus propios pecados, pero en la visión popular le es también intrínseco un aire de pureza, en cuanto él denuncia las estructuras de pecado y consecuentemente representa la justicia, el justo como redentor. Aunque sin su estatura, como el Che, él anuncia el hombre nuevo.

No importa si las premisas ideológicas y las realidades transformadoras quedan disueltas en una fraseología revolucionaria o en corrupciones burguesas. No importa si su activismo responde a una sed insaciable de poder o a una actitud de verdadera donación. No importan los errores o la confusión entre el fin y los medios porque la sublimidad de la revolución enmienda cualquier malignidad en sus instrumentos. En todo caso, en la lógica revolucionaria, el fin santifica los medios.

Ante una personalidad tan controversial, que parecía estar necesitando la permanente recreación de enemigos, resultó para muchos sorprendente la secuencia de adhesión y dolor que suscitó su desaparición, y que adquirió un carácter verdaderamente masivo. No es algo difícil de explicar, y no es necesario para ello acudir a la tradicional necrofilia de los argentinos.

---

<sup>11</sup> Ibídem. Cfr. también: Sergio COTTA, *La ideología de la violencia*, en "Escritos de Filosofía", 9, 1982, p3-15 y el sugerente trabajo de José Enrique MIGUENS, *Consideraciones sobre la relación entre la magia y la violencia política*, ibídem, 71-90.

<sup>12</sup> Cfr. Gillo DORFLES, *Nuevos ritos nuevos mitos*, Lumen, Barcelona, 1973, Cap. V, 231 y ss.

<sup>13</sup> Cfr. Pablo CAPANNA, *El mundo de la ciencia ficción*, Letra Buena, Bs. As., 1992.

Como Evita, como Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano, como el Che, para una considerable porción de los argentinos, él “entregó su vida por la revolución” y el martirio de la muerte trágica que es una nota constitutiva de la canonización, como en el santoral cristiano, le purifica de cualquier mal moral proveniente de su pasado existencial, otorgándole la nota definitiva de la santidad política.

Pero el eternauta muestra también una capacidad de resistencia al mal como una construcción social, pues en la épica del relato es una comunión de ciudadanos corrientes quien enfrenta el poder maligno y destructor que viene de lejos y se corporiza de una manera monstruosa. Se trata de un salvador o de un mesianismo que no es individual sino social, el cual es el secreto portador de la esperanza, una virtud abandonada por muchos en el actual momento político argentino. Esta función mesiánica es la que ha irrumpido una vez más con fuerza en el escenario local.

¿Será acaso en el futuro Kirchner un sujeto colectivo de quien pueda esperarse la concreción de un mito liberador? No hay ninguna seguridad en eso. Algunos indicios así parecen certificarlo, pero se trata de algo que todavía está muy en ciernes.

Puede concluirse que los resistentes de la historieta representan el *ethos* colectivo, la colectivización del mito, y hasta el mito del pueblo como vanguardia de la revolución. Según esta interpretación, el héroe individualista se ha hipostasiado en el pueblo. El eternauta es un viajero de la eternidad; como el héroe, un ser perennemente vivo. En ese sentido, y si Néstor Kirchner resulta ser el nuevo e inopinado protagonista del comienzo de una incipiente canonización política, su figura se multiplicará en los próximos años mientras la nieve que cae del cielo se derrite entre las flores.